

KABIR, MUNDO POETA

(FRAGMENTO DE LA NOVELA INÉDITA)

Mauricio Orellana Suárez

—¿Las llevas ahí? —preguntó Xand, echando un vistazo fugaz a la mochila que Boris había puesto en el suelo, seguramente a la par de sus inmundos zapatos trotamundos.

—Allí mismo —respondió Boris, sin dejar de verlo.

Entonces Xand no pudo contenerse.

—¡Por Dios, Boris, alguien con tu talento! —dijo.

Boris lo veía ecuánime, esperando más, como queriendo decir “¿solo eso vas a darme? ¿Es todo? ¿Alguien con tu traje?”.

—Cómprame un paquete —le dijo.

Xand alzó las cejas. Pero no estaba dispuesto a replegarse así nomás.

—Te diré algo, amigo. Convénceme de que ese paquete de infusión de hierbas exóticas, como las llamas, es lo que más necesito en mi vida, y te lo compro.

De nuevo se echó para atrás y esperó. El respaldo volvió a resoplar. Boris se inclinó lo más que pudo sobre la mesa, sin perder de vista a Xand.

—Este paquete de infusión de hierbas es lo que más necesitas en tu vida —dijo Boris sin pestañear.

Xand notó una perturbadora seriedad en la mirada con la que Boris había acompañado sus palabras. Era como la que de seguro tuvo Dios cuando creó al mundo, pensó. Y entonces soltó una carcajada.

—¡Ni siquiera has sacado la infusión de la mochila! —dijo—. ¡Cómo piensas venderme algo con esa estrategia! ¿Es que vendes algo alguna vez?

—Solo a veces.

Entonces Xand se convenció. Boris era un caso perdido. Sentía lástima por él. Había sido un chico con un talento excepcional, según recordaba. ¿En qué momento se perdió? ¿Cómo terminó de desconectarse de la realidad? ¿Por qué protestaba de que sus poemas no tuvieran ningún éxito en este mundo, si no hacía lo que debía de hacerse para que lo tuvieran?

—¡Dame acá, te compraré el paquete! —le dijo condescendiente, como para saldar la cuenta de su mutua compañía e irse al diablo lo antes posible.

Boris subió la mochila y la puso entre sus piernas, la abrió y revolvió dentro de ella como si aún estuviera en noveno grado y revolviere entre el desorden de cuadernos y libros que siempre

llevaba en su mochila de colegio, no muy distinta de esta. Sacó una bolsa plástica. Ni siquiera una caja decente tenía el producto. La puso sobre la mesa. Cerró y bajó la mochila. Puso la bolsa sobre la mesa.

—Cincuenta dólares —le dijo.

—¡Cincuen...! ¿Estás...?

—Tú los puedes pagar —sonrió.

Xand volvió a reír. No era como si lo asaltaran, como de hecho estaba ocurriendo, sino como si le estuvieran haciendo cosquillas. Simplemente no podía creer el descarado con que Boris lo estafaba con el paquetito.

—Ahora comprendo cómo te compensas la escasez de ventas, viejo —le dijo—. Eso también es estrategia, claro. Aunque piensa un poco más. ¿Crees que volveré a comprarte otro paquete de infusiones? Tienes que matizar, Boris, hasta que no se evidencie en absoluto que lo que quieres es timarme.

* * *

A las seis con siete minutos Xand Renard salió de la oficina. Irán no había llamado en toda la tarde y eso le tenía sin cuidado, lo cual le preocupaba un poco, con una preocupación como de goteo de chorro al cual ya estaba acostumbrado. Lo normal habría sido ir al piso, tomar un baño, ir a cenar con Érick y luego regresar al apartamento con un par de aspirantes a modelo que con toda seguridad Érick ya habría conseguido de sus propias agencias de modelos y de publicidad. Recibió un correo de él en el transcurso de la tarde: “Eres un gallina, Renard. Lo tenía todo listo. No sé qué haré con este par de... Olvídalo, ¡sí sé lo que haré!”.

Al conducir su auto Xand se volvía distante. A pesar de que iba esforzándose por sentir el volante, era como si estuviese a medias en el asiento, medido por algo hasta cierto punto, y luego no estuviese. Se le perdía la mirada hacia adentro cada vez que se esforzaba en ver hacia adelante con más atención, y de pronto veía sin ver. Era una sensación muy contradictoria, porque por una parte lo hacía sentir invencible, ¿cómo se daña algo que no está del todo?; aunque si se lo pensaba más, no era invencible que se sentía, sino indiferente; no intocable, como sería saberse más que todo aquello que era el mundo exterior, sino mortalmente aislado de todo, vacío de vida. ¿Estaba siendo manejado por un algo, por un otro, como en uno de esos jueguitos de vida virtual, traído y llevado por el antojo del ocio de algún jugador desconocido,

quizá un estudiante descuidado como Boris, en noveno grado, lleno de cachivaches en una mochila e inconforme con los usos y costumbres normales de su tiempo?; ¿era el invento de un *looser* que aún no sabía que lo era? ¿Escogía él su ropa, sus negocios, la novia o las mujeres con quienes se acostaba una noche? ¿Habían sido sus más comunes deseos los deseos de ese desconocido jugador, quien por no desear nada del mundo real tal como este era, lo deseaba todo para su invento virtual? ¿Era él un virtual? Sin embargo, la realidad estaba allí, y solo debía bajarse del auto y tocarla, escucharla, sentirla y olerla.

Eso mismo hizo. Detuvo el auto a la orilla de la calzada, a la par de uno de esos edificios modernos, con el altísimo rótulo luminoso de una compañía multinacional de telecomunicaciones coronándolo. Del otro lado de la autopista había un parque iluminado con faroles de grandes bombillos blancos y redondos. Sin pensarlo dos veces encendió las intermitentes, salió del auto, atravesó la mitad de los carriles de la autopista y saltó la barda divisoria de seguridad. Escuchaba las bocinas de los autos sin entender lo que sucedía. En el medio del caos de luces blancas, rojas y amarillas, él solo deseaba llegar a esa banca verde rodeada de árboles, y a punto estaba de lograrlo cuando escuchó una voz que se materializaba de una nada hecha de uniformes negros, que luego cobraría rostro a su lado:

—¡Alto! ¡No puede ingresar ahí!

Como viera que en el rostro de Xand se reflejaba el vivo manuscrito original de la perplejidad, el hombre de negro agregó:

—¡El parque cierra a las seis!

Entonces Xand cayó en cuenta de que el otro personaje del juego virtual en el que se hallaba era un policía municipal, ¿acaso puesto allí por el jugador como una especie de prueba a la que debía someterse? Entendió entonces que debía dejar a un lado el irracional éxtasis en el que andaba y jugar según las reglas del juego que tan bien conocía, al menos con ese hombre, quien en ese momento ejercía el rol de centinela de las libertades medidas: nada iba a poder lograrse si el policía se negaba, y una necesidad que Xand aún no se explicaba se volvería solo frustración, todavía no sabía exactamente de qué o por qué.

—Escúcheme —le dijo Xand, interpretándose a sí mismo en escena—. Son apenas pasadas las seis y necesito tomar un poco de aire fresco sentado en esa banca. Estaré cinco minutos y no seré molestia para usted ni para nadie, ¿de acuerdo?

—Ya lo creo que necesita descansar —le dijo el policía—, pero en su casa. Tres veces estuvo a punto de que lo arrollaran. Vea —agregó—. Regrese a su auto y retírese. Pero esta vez mire a los lados antes de cruzar, ¡estuvo a punto de matarme de un susto, hombre! Y agradezca que no haré que le pongan una multa por andar de temerario. ¿Ha bebido usted?

HOMENAJE A El Salvador

—No oficial. Tampoco he usado drogas ni estoy armado—dijo Xand.

No había terminado de pronunciar “armado” cuando vio que el policía reculaba y ponía su mano en la cacha del revólver, soltando la correa de seguridad de la funda.

—¡Suba las piernas y abra las manos! —le ordenó vociferante.

—¿Perdón? —dijo Xand.

—¡Al revés, al revés, hombre! ¡Abra las piernas y suba las manos, lo voy a registrar!

Xand hizo lo que le pedía el hombre de bigotes y traje negro.

—Le digo que solo quiero descansar cinco minutos en esa banca —dijo, mientras con la mano izquierda el policía le revisaba las axilas, las bolsas del saco, la cintura, las piernas y los tobillos—. Es que este fue mi vecindario cuando yo era niño. Solía venir a este parque y me sentaba en esa banca.

—Disculpe usted —le dijo el policía, volviendo a la calma luego del registro—. Es que me ha puesto muy nervioso.

—Claro, lo entiendo —le dijo Xand—. Oiga ¿Le parece bien que le pague esa multa que mencionó usted hace unos segundos para permitirme cinco minutos a solas en esa banca?

El policía lo vio de pies a cabeza y quedó pensativo un instante.

—Tengo mi salario —le dijo.

—No me malinterprete —se excusó Xand—. Es solo que deseo mucho sentarme un momento en esa...

—En esa banca, ya lo sé, como si fuera la única banca del mundo —le dijo impaciente el policía—. Vaya nomás y no se esté mucho. Cualquiera que se atreva a cruzarse la calle como usted lo ha hecho, una de dos: o se está volviendo loco y necesita sentarse y tomar aire un momento, o es una gallina que se ha vestido como hombre para que la atropellen mejor. Solo procure no usar mi banca cuando le vuelva a ocurrir algo así. Seguro que iba a otros parques cuando niño. ¡Ah, y ni se le ocurra orinar en los arbustos! Lo estaré vigilando desde acá.

—Descuide, oficial, no lo haré—le dijo Xand, todavía pensando en las extrañas ocurrencias de aquel hombrecito de negro.

Caminó hasta la verde banca del parque. Se sentó en ella, pasó su mano con suavidad sobre el brazo de la misma, tratando de sentir lo frío del metal. Estaba allí, pero no podía terminar de capturarlo; era como si en vez de manos tuviera guantes que lo aislaban. Tanto el frío como la forma del brazo de la banca se le escapaban; existían más allá de él. Él mismo existía más allá de sí. Estaba separado, como si no lograra integrarse a las vistas de afuera, a la brisa que se veía tomar cuerpo en los árboles, a los colores, como si los viera por la tele, como si hubiera

un callo, una dureza que le impedía incorporarse al todo, estar de lleno y disfrutar esa llenura, ese color, ese aire. Sus ojos se habían vuelto una tela, un objeto, una cosa en la que algo se pegaba. Recordaba los ojos fritos de los peces. Solía sacárselos cuando niño. Las masas oculares eran una pequeñas bolas blancas con apenas un remanente de transparencia, bolitas como de plástico. Cosas. Parecían hechas en China. Sus ojos no serían muy diferentes de aquellos, algo más acuosos y diáfanos quizá, por estar vivos; cosa a la que se le pegaban cosas. Eso era ver. ¿Qué había pasado con él? ¿Por qué ya no lograba estar ahí como cuando niño? ¿Es que estuvo por completo allí alguna vez cuando niño? No lograba recordarlo. Pensaba que sí, ¿pero lo estuvo alguna vez? ¿O solo creyó estarlo? Al cerebro también se le pegaban cosas inexistentes. ¿Eso era pensar?

Sentado en la banca veía al policía a la distancia. Le parecía un rostro conocido, y a la vez artificial e innecesario, como si en realidad lo estuviera inventando. ¿Había parque, rótulo luminoso, había policía, banca verde y grandes bombillos blancos de forma redonda, bufos de luna iluminando el césped? ¿Estaba en el parque o en el auto, asido fuerte al timón, cosido a él, andando en la autopista hacia su piso? ¿Había sucedido? ¿Se había detenido en aquel parque de su infancia? ¿Había sido niño? Nada de eso recordaba al llegar al piso, solo llegaba, abría la puerta y la cerraba.

La pregunta seguía en su cabeza: ¿En realidad había sido niño? Tenía recuerdos de él, esporádicos y fragmentados, pero ¿cómo podía tenerse la certeza de que esos recuerdos no estuvieran sucediendo por primera vez en su cabeza, y solo creyera haberlos vivido en un supuesto pasado? De pronto se dio cuenta de que no era un asunto serio lo que pensaba, que el del espejo estaba pensando por él otra vez; después de todo había otra gente que compartía esos recuerdos suyos, y se consoló pensando que con hacerlos testificar en el momento que él lo dispusiera estaría seguro de haber tenido un pasado, como todos. ¿Lo estaría, o al final era solo cuestión de fe? Por fe uno era quien era. Por fe colectiva uno tenía un pasado; ¿qué pasaría si los demás dispusieran no recordar ese pasado? ¿Existiría uno entonces? Por un segundo casi se arrepiente de no haberse ido a cenar con Érick.

Pero basta, era una niñería. Su vida no necesitaba de ninguna comprobación de parte de nadie. Era, y se acabó; aunque lo mismo dijera un loco de sus materializadas imaginaciones. Compulsivamente quiso tomar el celular del bolsillo más cercano al pecho del interior de su saco, donde siempre lo llevaba; pero se sorprendió al encontrar en su lugar algo aguado, seco y arrugado. El corazón le dio un vuelco y la mano le brincó como con resortes propios, automáticos, escapando del bolsillo. Ya se quitaba apresuradamente el saco cuando recordó.

“¡Maldito!”, exclamó “¡Maldito Boris!” “¡Maldita infusión exótica!”, y no pudo más que reírse de sí mismo, pasando lista al revoltijo de imágenes y sensaciones que se le había venido a la mente cuando tocó la bolsita. En ese instante cayó en la cuenta de que su mano había pensado por sí misma, y que había salido disparada del bolsillo sin pedirle su opinión. ¿Qué cosa era el reflejo? Volvió a meterla en el bolsillo interior de sus cuatro mil quinientos dólares de tela de marca y sacó la bolsa negra de plástico con los saquitos de hierbas exóticas dentro, “¿O eran ‘insólitas?’”. No recordaba ni le importaba. Igual la bolsa podía haber contenido droga, y por suerte el policía no había dado con ella cuando le registró el saco. ¿Lo había registrado? También era una cuestión de fe. Como ver o pensar, pensó, tirando el paquetito que le cabía en su puño, sobre la mesa del comedor, objeto de diseñador. ¿Sería acaso su cerebro otro objeto de diseñador? ¿Un Johnston Layer, un Parraq o un Preservé?, ¿o sería simplemente el producto sin marca de un anónimo artesano? No, no. El suyo sin duda sería uno de marca. Gentes como Boris o Dafne se habrían tenido que conformar con los genéricos, eso era.

Pero a lo que iba. Entonces sí tomó el celular para enviarle un correo electrónico a Irán, recordando que había sentido la necesidad de hacerlo hacía solo unos segundos, como siempre hacía cada vez que necesitaba anclarse a la realidad luego de sus incontrolables... desbarajustes.

Pero en ese momento la compulsión ya había pasado, y con la página electrónica abierta no hizo más que cerrar, como antes había cerrado la puerta después de entrar. Pero al verse con el teléfono abierto aprovechó y habló a dos colegas y tres clientes, y sin notarlo se le hicieron las nueve con veinte.

A esa hora recordó que no había probado bocado desde el almuerzo, por lo que decidió ir por algo para picar. Se fue a la refrigeradora y se compuso un plato con pedazos de prosciutto di Carpegna y trozos del pecorino sardo que había sobrado de la noche anterior. Recordó la infusión de hierbas de Boris y pensó que le haría bien para contrarrestar y procesar la grasa del queso. Hirvió un poco de agua y se lo preparó. Comió retocando en la laptop unos análisis que tenía pensado enviar el día siguiente por la mañana. Dio unos sorbos a la infusión. Sabía a mar, y hacía que se le antojara pensar en algas y en corales, y preguntarse si serían comestibles estos últimos. Buscó en la web y se halló con unas maravillosas imágenes de seres que parecían de otros mundos, con formas de cerebros, de piedras velludas y espigadas, árboles blancos como hechos de azúcar, hermosos troncos rojos de formas fálicas coronados por soles y girasoles como en llamas y nombres insólitos y poéticos: *Acropa cervicornis*, *Spieobanchus grandis*, *Condylactis gigantea*, *Aplysina lacunosa*, “típicamente viviendo a profundidades de entre 40 y 80 pies”, leyó.

Una en particular le causó una viva impresión. En la imagen que veía aparecía como una especie de abanico doble plenamente abierto, de traslúcidas membranas plumíferas, extremos puntiagudos y una cavidad central bastante perturbadora y avasallante que se ofrecía en el arrecife como una femenina cavidad nacida de las mismas rocas; y el nombre, ¡ah, qué nombre maravilloso!, pensó al leerlo incrédulo:

Branchioma nigromaculata.

Mientras repetía extasiado el nombre sintió una tibieza reconfortante recorrerle las extremidades, insuflándole un aliento cálido que le hacía percibir las algo infladas. Manos y pies de pez globo, casi a punto de levitar. Así eran. Al cerrar los ojos vio el parque, y se vio a sí mismo en el parque, sentado en la verde banca y al lado los bombillos blancos iluminando un césped acuoso, como debieron ser los ojos de los peces antes de freírse en el aceite de oliva de la sartén de su madre, antes de volverse duros y blancos, bolitas hechas en China; y cerca, una laguna oscura, apenas delineada por el brillo de la luna, una mancha *Lacunosa nigromaculata* y atrayente, se dijo, con traslúcidas membranas plumíferas a su alrededor, llamándolo al son

de un ritmo ondulante de aleta de pez, hacia el oscuro centro de su cavidad; y entonces se aproximó al arrecife de coral que por alguna razón sabía que moraba en el fondo del lago.

* * *

Xand Renard dejó la gelidez metálica de la banca y se aproximó al arrecife de coral que él sabía que moraba en el fondo del lago. Metió los pies desnudos y estos, más que hundirse en las aguas negras, las sorbieron. Las aguas lo continuaron bebiendo por las piernas, la cintura y el pecho hasta que, con manos que lo acariciaban, muy pronto Xand Renard se halló con el agua hasta el cuello, sin temerle al color del lago ni a la tibieza salivosa con la cual era succionado hasta quedar hundido en la tinta oscura del mismo mientras sufría el hundimiento. Ya sumergido abrió los ojos de pez y vio luz en el fondo iluminado del lago que palpitaba como cálido corazón omniabarcante. Sintió las corrientes tibias del pulso ir y venir, atravesarlo; él nadaba en ellas como un reducido plancton que respiraba sin esfuerzo, lo cual no era motivo para enunciar algún problema. ¡Para qué!: se había hundido en un lago negro, como un coral más (*Xandis lacunoso*), nadaba, respiraba y eso era todo.

Había sol arriba en esa noche de arrecife. Lo sabía porque el fondo era radiante, colorido y vivo como las fotos de la web; él era un buzo libre sin máscaras ni tanques y deseaba adentrarse hasta hallar el núcleo desde donde el corazón omniabarcante palpitaba.

Xand, el hombre rana, anduvo días enteros sin sus noches vagando en las profundidades de su lago, ese que se hallaba a la orilla del parque de su infancia, acompañado de peces de colores de nombres lucíferos y hermosos. Uno de ellos, no tan hermoso, le había dicho que no regresara más allí, que ya que había nadado en otro lagos cuando niño, que se fuera, pues, a hundirse en ellos esta vez. Era un pez oscuro, de bigotes largos, un pez gato que todo lo había vuelto oscuro de nuevo; había traído el anochecer al arrecife de coral con un manto hecho de toneladas de tintas-calamares, y desde entonces Xand había comenzado a ahogarse. No podía respirar y debía salir por aire a la superficie, de lo contrario los pulmones le acabarían explotando.

A su alrededor, un torbellino lo envolvió con un abrazo burbujeante; el agua se había puesto fría y las manos y los pies se le habían como desinflado. Sentía la tristeza de un niño que ha perdido el aire de su globo. Le pesaban los pies y se entumecían. No podía salir. Se hundía más y ya no había peces coloridos alrededor, solo la mancha negra, enorme, que iba

tomado una apariencia un poco más definida a medida que se aproximaba a él. Xand aún no lograba descifrar la forma por lo ofuscado que estaba (sabía que se ahogaba). Hasta tenerlo muy cerca lo vio con claridad. Era un manatí que, curioso, lo observaba con sus pequeños ojos tristes y profundos, primigenios. Ojos oscuros, que más que hechos de negrura parecían estar hechos del lugar donde acaba cualquier luz. Unos ojos familiares que contienen a todos los ojos del mundo. Los ojos de un demonio de mar, un Leviatán. Los ojos... de su viejo amigo de colegio, Boris, frente a él en la tienda de hamburguesas. “Estrategia”, parecían decirle esos ojos; pero ya no hubo tiempo de pensar en nada más. El manatí gigante abrió su boca y lo tragó como si Xand fuese un minúsculo zooplancton. Ya dentro de él, Xand pudo volver a respirar. Unas carnes mucilaginosas y cálidas se adherían a su cuerpo, presionándolo con cierta fuerza en realidad bastante cómoda. Con sus tardos movimientos ondulantes parecía estarlo deglutiendo entero. Todo era cálido allí, oscuro al principio, en el tubo acuoso, y pasarían varios minutos así. No pudo mover sus brazos, que estaban pegados al cuerpo, y extrañamente la entera sensación y el proceso le parecían en extremo familiares a Xand, como si su propio nacimiento se estuviese repitiendo. Por fin, el extremo de lo que parecía ser el tubo digestivo del negro manatí se fue ensanchando y Xand pudo entrever adelante una pequeña luz, a la que

se acercó poco a poco. La luz se fue ampliando, difuminándose hasta alcanzar el brillo tenue y vago de un anochecer, y a mostrar en el centro una suerte de fuego de fogata. Xand cayó sobre un suelo blando, vivo, resbaladizo y musgoso, alzó la vista para hallarse a sí mismo de nuevo en el parque, sin luces, con solo una fogata, cuyos fuegos danzantes hicieron reflejar unas sombras en la sólida concavidad de lo que parecía sustituir a la bóveda celeste del cielo. Se incorporó con mucha dificultad debido a lo resbaladizo del musgo y a un suave movimiento de traslación que se percibía como un manso andar en carrusel. Se aproximó a la fogata y vio detrás de ella una mancha negra; un pozo, cuya boca, sobre la que ya se hallaba, lo iba arrastrando sin que él pudiera oponer resistencia. Cayó en el pozo, succionado otra vez. Le pareció que del fondo del mismo se gestaban las notas de una singular variación del *Confutatis* del Réquiem de Mozart, mientras el extraño coral de mar de la especie *Branchioma nigromaculata* que momentos antes había visto en la *web* y que en ese instante se hallaba en las entrañas del manatí, se lo tragaba con un deglutir lento y carnoso, para depositarlo en el fondo de la nada, en donde Xand Renard cayó y cayó como minúscula lucecita que se disipaba en unos ojos negros antediluvianos, sin fin.